



Nota del autor

Me esperaba una gran sorpresa cuando empecé a escribir sobre la vida de Mahoma, el último profeta que emergió del desierto de Oriente Medio, esa tierra inconmensurable, inhóspita y árida, que también produjo a Moisés y a Jesús. Fuera del mundo musulmán, Mahoma ha sido tratado con desprecio a lo largo de toda la historia. Nuestra era no ha sido la primera en reaccionar con recelo cada vez que los musulmanes dicen que *islam* significa “paz”. Y ese recelo no ha hecho más que exacerbarse con cada acto terrorista que la *yihad* realiza en nombre de Mahoma.

Durante su vida, el Profeta luchó intensamente contra quienes se le oponían y libró varias batallas en nombre de la nueva fe. Yo crecí entre amigos musulmanes en la India, pero incluso allí, un país donde la mezcla de culturas y religiones es un antiguo modo de vida, la partición de Pakistán en 1947 causó revueltas y numerosos asesinatos en ambos lados. En el nombre de la verdad, los creyentes pueden acabar pisoteando el amor y la paz.

Sin embargo, no fue eso lo que me sorprendió. Yo me había puesto como objetivo ser justo con Mahoma y tratar de verlo con los mismos ojos con los que él se veía a sí mismo en la Arabia del siglo VII (podemos ubicar el

nacimiento del Profeta en el año 570 de nuestra era, en medio de la Alta Edad Media de Europa, dos siglos antes de que el Papa coronara a Carlomagno en el año 800, casi seiscientos años antes de que las agujas de la catedral de Chartres apuntaran al cielo), y lo que me sorprendió fue que, de todos los fundadores de las grandes religiones del mundo, Mahoma es quien más se parece a nosotros.

Mahoma se veía a sí mismo como un hombre común y corriente. Sus familiares y vecinos no se hacían a un lado en señal de respeto para dejarlo pasar por las calles reseca y polvorientas de La Meca. Mahoma quedó huérfano a los seis años, pero más allá de eso no hay ningún hecho excepcional en su vida, más que su habilidad para sobrevivir. Dado que nació en una sociedad extremadamente tribal, en su familia extendida había una gran cantidad de primos y otros hombres del clan Hashim. Él no tenía ninguna marca de divinidad (excepto las que inventaran los cronistas, con el tiempo, cuando el islam comenzó a difundirse y a prosperar). Mahoma fue un comerciante que tuvo la suerte de casarse con una viuda rica, Jadiya, quince años mayor que él. Viajaba en caravana a Siria una temporada y a Yemen la otra. La prosperidad de La Meca se debía al comercio de las caravanas. Aunque esas travesías estaban llenas de peligros —el apuesto y consentido padre de Mahoma, Abdalá, había muerto durante un viaje de regreso a casa—, los mercaderes como Mahoma habitualmente realizaban viajes por el desierto que duraban varios meses.

Lo que resulta extraordinario son los rasgos de humanidad en la transformación de Mahoma. Mientras a Jesús se le eleva cuando se le llama “El Hijo del Hombre”, Mahoma se reconoce como parte del pueblo cuando se define a sí mismo como “un hombre entre los hombres”.

Él no sabía leer ni escribir, lo cual era normal en ese tiempo, incluso entre las personas más prósperas. Tuvo dos hijos varones, que murieron durante el primer año de vida, y cuatro hijas mujeres. En aquella época, no tener un heredero varón era impensable, y por ese motivo Mahoma tomó la extraña decisión de adoptar a un niño hijo de esclavos, Zayd. Más allá de eso, no se explica que Dios hubiera elegido a un hombre casado y con hijos para que hablara en su nombre. Lo más increíble sobre Mahoma es que él era un hombre como nosotros hasta que el destino produjo uno de los hechos más impactantes en la historia.

En el año 610 de nuestra era, Mahoma, un comerciante de cuarenta años conocido como Al Amin, “el confiable”, bajó de las montañas —o, en este caso, una cueva en los montes con algún que otro verdor que rodean La Meca— con cara de desconcierto y terror. Después de esconderse, literalmente, debajo de las sábanas hasta volver en sí, reunió a unos pocos en quienes podía confiar y anunció algo increíble. Un ángel lo había visitado en la cueva en la que acostumbraba a escaparse de la corrupción y las aflicciones de La Meca. La paz y la soledad que buscaba fueron demolidas cuando el arcángel Gabriel, el mismo que había visitado a María y había protegido el Edén con una espada de fuego después de que Dios expulsara a Adán y Eva, le ordenó a Mahoma sin preámbulo alguno: “Recita”.

La palabra exacta es de vital importancia, ya que el término “recitar” es la raíz del Corán (o Qur’an). Mahoma quedó estupefacto ante la orden del ángel. Él no tenía por costumbre la práctica de la recitación en público, un hábito por el cual eran famosos los beduinos. De niño había sido enviado a vivir con las tribus nómadas en el desierto, lo cual era habitual entre los miembros de la clase

más próspera de La Meca. En aquel entonces se creía que la pureza y la vida dura en el desierto eran buenas para un niño. Al menos servían para alejarlo del aire viciado y las depravadas costumbres urbanas de La Meca. Según los árabes, los beduinos hablaban la forma más pura de la lengua, pero Mahoma traicionaría esos años de vida entre los nómadas —desde su nacimiento hasta los cinco años de edad—, dado que su acento siempre fue muy rústico. Los beduinos también eran famosos por el hábito de narrar. Recitaban largas historias legendarias sobre héroes que rescataban de las tribus enemigas camellos y mujeres. Pero según cuenta la historia, Mahoma se sentaba a un costado, sumido en completo silencio, sin participar, hasta el momento en que el ángel Gabriel se le apareció.

No fue fácil para el ángel convencerlo. Lo tuvo que estrechar en un abrazo tres veces —un número místico y místico— para que Mahoma aceptara recitar. Lo que salió de la boca del Profeta no fueron sus propias palabras. Para él y para quienes comenzaron a creer en su mensaje, el hecho de que Mahoma no hubiese recitado nunca en público era la prueba de que sus palabras provenían de Alá. Hasta el día de hoy, el lenguaje en el que está escrito el Corán es muy particular, ya que posee un estilo y una expresividad propios. Fuera del islam, lo único comparable es, quizá, la versión de la Biblia del rey Jacobo, cuyo lenguaje tiene una resonancia que pareciera provenir del mismo Dios, o de alguien que ha sido bendecido con la divinidad en la expresión.

Debido a que Mahoma no esperaba ser inspirado por una fuerza divina, nuestra sospecha y nuestro miedo al islam se tornan aún más trágicos. El mundo preislámico se siente incluso más distante que el mundo del Antiguo Testamento. Los esclavos eran víctimas de los

peores maltratos, al igual que las mujeres y las niñas recién nacidas no queridas, a quienes se dejaba morir abandonadas en las montañas. Los árabes solucionaban los pequeños conflictos a punta de cuchillo y para ellos matar a hombres de las tribus vecinas era honorable. La venganza era fuente de orgullo.

Ninguna de esas costumbres bárbaras era exclusiva de los árabes. Podemos encontrarlas también en muchas otras culturas primitivas. Pero al islam se le ha adjudicado la barbarie de una manera muy particular, en parte porque en el afán por preservar tanto el mundo como la palabra del Profeta, las costumbres de la antigüedad se han mantenido hasta los tiempos modernos. Mi retrato de La Meca es tal cual como era, con toda su aspereza y brutalidad. Utilicé narradores múltiples para que al juzgar la historia con nuestros ojos modernos el impacto fuese menos severo. Mis narradores son hombres y mujeres de todas las castas, esclavos y ricos mercaderes, creyentes y escépticos, adoradores y seguidores del mensaje de Mahoma. Las primeras personas en oír el Corán tuvieron reacciones tan diversas como las que nosotros tendríamos hoy si nuestro mejor amigo nos persiguiera para contarnos una y otra vez que un ángel lo ha visitado en mitad de la noche.

No he escrito este libro para otorgarle a Mahoma un lugar aún más sagrado. Lo he escrito para demostrar que lo sagrado era tan confuso, aterrador y exaltante en el siglo VII como lo sería hoy.

Una vez decidido eso, los demás problemas fueron detalles menores. Dado que los nombres árabes pueden ser difíciles de recordar para quienes no conocen la lengua, he reducido al mínimo posible la cantidad de personajes en el libro y he dejado los más importantes. La or-

tografía es compleja, ya que muchas veces se ha transcrito la misma palabra o nombre propio de distinta manera. En ese punto no he sido uniforme. Con el riesgo de irritar a los estudiosos, he utilizado la forma más conocida para “Corán”. He elegido los nombres tribales más cortos, a fin de que fueran más fáciles de recordar, como Abu Talib y Waraqa. Dado que el símbolo (‘) en una palabra como “Ka’aba” no tiene ninguna relevancia en nuestra lengua, he decidido elidir la mayoría, una vez más, de acuerdo con el uso más frecuente. Si esto ofende a los hablantes de árabe más puristas, les pido disculpas por adelantado.

Para terminar, esta obra es una novela, no una biografía oficial. Algunos sucesos están contados fuera de orden. Los personajes entran y salen a medida que la historia pide su presencia. Esto puede resultar confuso. Para orientar a los lectores, he incluido una cronología con los hechos más importantes y un árbol genealógico simplificado con los antepasados y la familia extendida de Mahoma. Los personajes que aparecen en la novela están resaltados en negrita para facilitar la comprensión de la historia.

Un autor no debería decirles a sus lectores cómo tienen que reaccionar. No obstante, lo que sí les puedo decir es que lo que me llevó a escribir esta historia fue mi fascinación por la forma en que la conciencia se puede elevar hasta alcanzar lo divino; un fenómeno que une a Buda, a Jesús y a Mahoma. La existencia de una conciencia superior es universal. Representa el objetivo más importante en la Tierra. Sin las guías que alcanzaron el estado de conciencia superior, el mundo estaría fatalmente desprovisto de sus más grandes visionarios. Mahoma sintió esa dolorosa ausencia en el mundo que lo rodeaba. Es quien más me llega porque reinventó el mundo buscando dentro de

sí. Y ese logro únicamente se puede encontrar en el camino espiritual. Viendo lo que el Profeta ha logrado, tengo la esperanza de que cualquiera de nosotros, que llevamos una vida para nada extraordinaria, podemos ser alcanzados por la divinidad. El Corán merece estar entre las canciones del alma, estar presente en todos aquellos lugares donde el alma es lo que importa.



Cronología

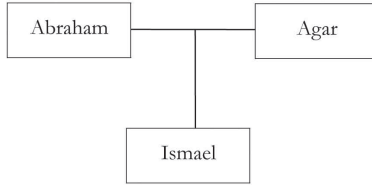
Las fechas que aparecen a continuación son aproximadas debido a la falta de fuentes serias para verificar la información.

- 570 A.D. Nacimiento de Mahoma
- 590 Mahoma se casa con Jadiya y tienen cuatro hijas que sobreviven y dos hijos varones que mueren durante el primer año de vida
- 610 (o antes) Primera revelación de Mahoma
- 613 Primera predicación en público
- 615 Inmigración de algunos musulmanes a Abisinia
- 616-9 El clan de Mahoma, los Banu Hashim, es boicoteado por los Quraishi
- 619 Mueren Jadiya y Abu Talib
- 622 Hégira (migración) a Medina
- 624 Batalla de Badr, victoria musulmana sobre los Quraishi. Expulsión de Medina de las tribus judías
- 625 Batalla de Uhud, victoria sobre los Quraishi que no es aprovechada
- 627 Medina es sitiada por el ejército mequí (batalla del Foso). Masacre del clan judío Quraiza de Medina
- 628 Tratado de Hudaybiya, tregua con los Quraishi
- 629 Peregrinación pacífica a La Meca
- 630 La Meca es ocupada por los musulmanes. Las tribus enemigas son vencidas en otras campañas militares
- 631 Aceptación del islam en muchas partes de Arabia
- 632 Muerte de Mahoma

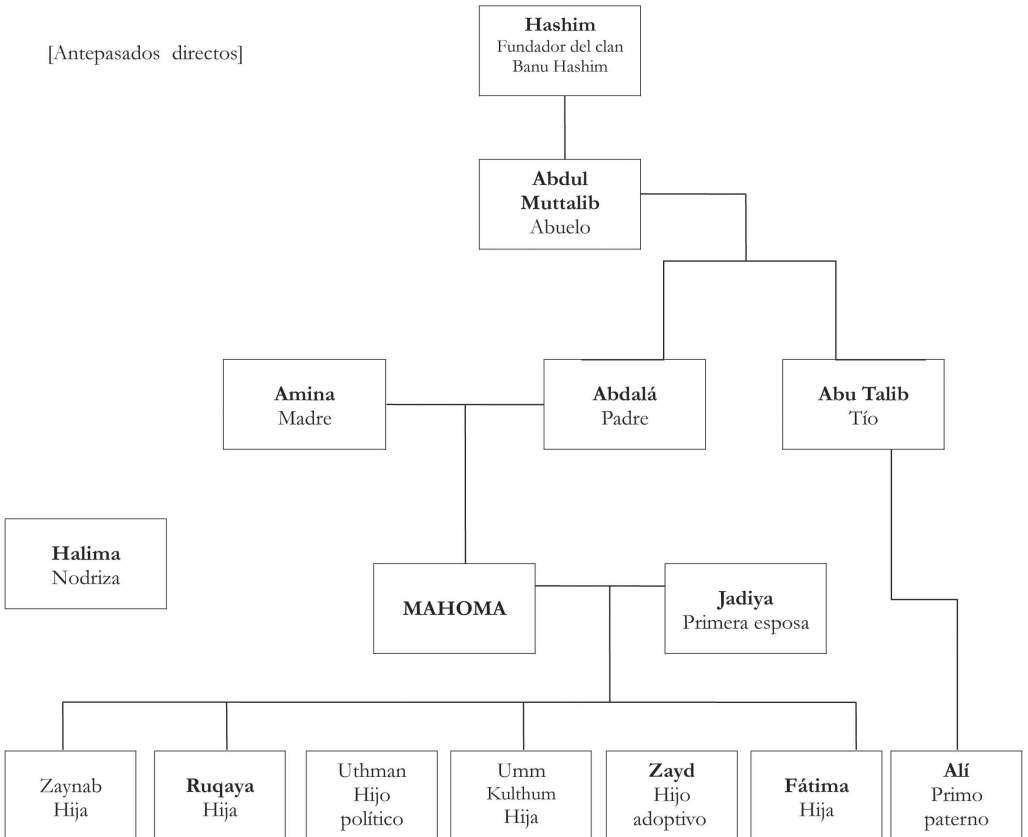


Genealogía

[Antepasados bíblicos]



[Antepasados directos]



MAHOMA



Preludio

El ángel de la revelación

Una mula puede ir hasta La Meca, pero eso no la hace peregrina.

Dios no puso esas palabras en mi boca. Podría haberlo hecho; tiene sentido del humor. Pero esas son palabras de árabes. Son un pueblo de muchas palabras, un diluvio que podría haber hecho navegar el Arca de Noé. Si eres un extraño, puede que no lo veas. El sol del desierto, que destiñe los huesos y las mentes, te enceguecería.

El sol también se encarga de otras cosas. De secar los pozos de agua que hasta el año pasado estaban llenos. De matar de hambre a un rebaño entero porque la hierba estaba reseca y marchita. De llevar a los nómadas a una búsqueda desesperada de mejores pastos. Y una vez allí, el sol refleja sangre fresca; otras tribus, que morirían sin esos pastos, esperan al acecho para matarlos.

Pero los árabes se niegan a redirse. “Convirtamos esto en un relato”, dicen. “La mejor cura para la tristeza es una canción”. También existen otras curas, pero nadie tiene el dinero para comprarlas.

Y así es como deciden convertir el hambre en una aventura heroica. La sed se convierte en una musa; la amenaza de muerte, en un motivo para alardear de valentía. Los árabes y Dios tienen en común el amor por la

palabra. Por esa razón, cuando Él oyó a un hombre decir, en lo profundo de su corazón, “Dios ama a todos los seres de este mundo salvo a los árabes”, era necesario que yo apareciera para dar una orden.

“¡Recita!”.

Eso era lo único que a mí, Gabriel, me habían enviado a decir. Una sola palabra, un solo mensajero, un solo mensaje. Yo era como un martillo para abrir de un golpe el tapón de un tonel de vino. Un golpe fue suficiente para hacer brotar litros y litros de vino como para llenar cientos de vasijas.

Así es como brotaron las palabras de Mahoma, aunque no enseguida. Si un ángel pudiera dudar, yo habría dudado. Le hablé al único hombre en Arabia que no sabía recitar. No sabía cantar. Mucho menos recitar un poema épico. Cuando un poeta errante hacía oír su voz, Mahoma se ubicaba a un lado de la muchedumbre. ¿Se imaginan? Él le había suplicado a Dios que le hablase, y cuando Dios le contestó, se quedó inmóvil.

“¡Recita! ¿Qué pasa? Llénate de dicha. El día tan anunciado ha llegado”.

Pero nada.

Cuando aparecí, lo encontré dentro de una cueva, en una montaña.

—¿Para qué vas allí? —le preguntaban sus amigos—. Un mercader de La Meca debería estar ocupándose de sus negocios.

Mahoma contestaba que iba en busca de consuelo.

—¿Consuelo, de qué? —preguntaban—. ¿Crees que tu vida es más difícil que la nuestra?

Ellos solo veían a un hombre con una túnica violeta que caminaba por el mercado y se sentaba en las tabernas a negociar frente a una taza de té. No se daban cuenta de

que era un hombre cuyas sombras le invadían la mente, con pensamientos oscuros que se ocultaban detrás de una sonrisa.

Un día, Mahoma regresó a su hogar pálido como un papel. Su esposa, Jadiya, pensó que lo iba a tener que sostener en los brazos si se caía.

—No salgas —ordenó Mahoma. Estaba temblando.

Jadiya corrió a la ventana, pero lo único que vio fue una muchacha en cuclillas, recogiendo del suelo polvoriento telas, harapos, retazos de cuero y pequeños pilones de carbón, poniendo todo en varios atados para venderlos en las aldeas de los montes, en los alrededores de La Meca.

—Ven, aléjate de ahí —exclamó Mahoma, pero ya era demasiado tarde. Jadiya vio lo que él había visto.

Uno de los atados se movía.

Jadiya cerró los postigos con lágrimas en los ojos. Tal vez era un gato que había que ahogar. Pero ella sabía que no. Era otra niña recién nacida que no crecería. Otro cadáver olvidado, tan pequeño que cabría en la palma de la mano y que nadie encontraría en lo remoto de un monte.

Mahoma tenía cuarenta años y había visto esa abominación muchas veces en su vida. Y cosas peores también. Esclavos azotados hasta la muerte solo porque a alguien le había dado la gana. Hombres de tribus vecinas tirados en la calle, desangrándose por haberle escupido las sandalias a alguien. Mahoma hacía negocios con hombres que cometían esos actos horribles, hombres que no comprendían cuando él decía cuánto amaba a sus cuatro hijas. Mahoma sonreía cuando veía a sus amigos con sus hijos varones jóvenes y fuertes. Solamente en su corazón le preguntaba a Dios por qué los de él ha-

bían muerto en la cuna. Solamente en su corazón decía la única cosa que marcaba la diferencia.

Nunca te daré la espalda, Señor, incluso si te llevas a todos los que amo.

Dios podría haberle respondido: *¿Por qué crees en mí, si también me culpas por esos males?*

Tal vez Dios susurró ese pensamiento. O tal vez Mahoma lo encontró sin ayuda. Tuvo tiempo de pensar en esos largos días y esas largas noches en la pequeña cueva de la montaña. Comía poco, bebía aún menos. Su esposa temía que él no volviera a casa; las montañas en las cercanías de La Meca estaban repletas de bandidos.

Ella estaba muy cerca de tener la razón. Cuando aparecí ante Mahoma, él se negó a recitar la palabra de Dios, se negaba a oír, ni siquiera quiso quedarse a seguir escuchando lo que yo le decía.

Mahoma huyó de la cueva en un estado de histeria y desesperación. El hombre que le rogaba a Dios que se acordara de él había sufrido un ataque de pánico ahora que lo había logrado. Mahoma miró por encima del hombro. El suelo era rocoso y él tropezaba. El aire estaba lleno de extraños sonidos. ¿Eso que oía era la burla de los demonios, que lo seguían? Mahoma miró al cielo en busca de respuestas. Buscaba una salida.

Recordó los precipicios del monte Hira. Los niños pastores debían asegurarse de que los corderos no se acercaran demasiado al borde cuando los buitres sobrevolaban para asustarlos.

¿Qué es lo que me está persiguiendo?, pensó Mahoma con un repentino terror.

Con una fuerte presión en el pecho, Mahoma respiraba con dificultad al correr. Iba a saltar al precipicio y estrellar su cuerpo contra las rocas. Ni siquiera podía

rezar pidiendo auxilio; el mismo Dios que podría salvarlo era el que lo torturaba.

Yo no pedí esto. Dejadme ir. Yo no soy nada. Soy solo un hombre entre los hombres.

Agitado y tropezándose, Mahoma apretó la túnica contra el cuerpo para cubrirse del frío del Ramadán, el noveno mes del calendario. El mes del mal, el mes de las bendiciones, el mes de los signos y de los presagios. Los árabes siempre habían discutido sobre eso. Después de unos minutos, el pánico comenzó a menguar. De pronto, todo se aclaró en su mente. Mahoma miró cómo sus pies golpeaban el suelo al correr y le pareció que pertenecían a otra persona. Qué extraño, había perdido una sandalia y, sin embargo, no había sentido las afiladas piedras lastimándolo y haciéndole sangrar los pies. La decisión de suicidarse le trajo una especie de tranquilidad.

Mahoma llegó a la cima de la montaña. Espió La Meca, visible a la distancia. ¿Por qué había perseguido a Dios como un halcón tras una liebre? En La Meca ya había cientos de dioses. Estaban todos amontonados en la Kaaba, el lugar sagrado. Un dios por cada feligrés, un ídolo por cada sacrificio. ¿Qué derecho tenía él de intervenir? Había incontables sacrificios, día tras día, que traían riqueza a la ciudad. Mahoma casi podía sentir el olor a humo desde aquella altura.

Miró las rocas bajo el precipicio y tembló. En ese momento, cuando sintió que se acercaba su fin, Mahoma encontró una plegaria que podría salvarlo.

“Querido Dios, te ruego que tengas piedad de mí, hazme quien yo era antes. Hazme un hombre común otra vez”.

Era el único ruego que Dios no podía complacer, pues en ese momento la existencia de un hombre se había hecho trizas, como una copa de vino pisoteada con tor-

peza en una taberna. Nunca iba a volver a ser quien era. Lo único que importaría a partir de ese momento era la palabra de Mahoma. Los árabes, amantes de la palabra, estaban preparados. ¿Amarían al mensajero de Dios o lo llenarían de injurias?

Mahoma esbozó una sonrisa, había recordado un viejo proverbio beduino: “Miles de insultos nunca rasgaron una túnica”. *Entonces, ¿por qué habré de rasgarla yo, y mis huesos con ella?*, pensó. La imagen de su cuerpo golpeado y estrellado sobre las rocas le causó repulsión.

Mahoma se alejó del borde. “Si yo soy tu vasija, llévame con cuidado. Sostenme con equilibrio. Cuida que no me rompa”.

Yo susurré que sí. ¿Quién era yo para contradecirlo? Ni siquiera le pregunté a Dios primero.

El mercader de La Meca bajó la pendiente cojeando con una sola sandalia. Tenía la lengua hinchada y torpe. Mahoma recitaría tal como yo se lo había pedido. Y nunca dejaría de recitar, aun si eso lo enfrentaba a la muerte.